

El burgalés Juan de Ayolas en la exploración y fundaciones del Nuevo Mundo

En mi deseo de procurar nuevos datos para robustecer la idea de la directa ascendencia burgalesa de Alonso de Ojeda, he continuado las gestiones de años anteriores, recurriendo a las nuevas fuentes de información que me ha sido posible. Si no puedo decir que han aportado apreciables progresos, tampoco han restado valor a los fundamentos que sirvieron de base para mi conferencia del año 1952 en esta misma tribuna, ni a las que siguieron después; en Madrid, y últimamente en el Instituto Alfonso VIII, de Cuenca.

Estas investigaciones, han tenido, como fruto inmediato, conocer la reciedumbre de otros burgaleses, que patriotas abnegados, como tantos otros, supieron llevar adelante un ideal, y sucumbir por él, cuando se interponía el sacrificio.

Llégame ahora el momento de situar en escena a nuestros personajes de hoy, acercándonos a ellos en la lontananza de la historia. Primero, vemos la más brillante armada que surca los mares, al mando del magnífico Adelantado D. Pedro de Mendoza; luego la fundación de la ciudad de Buenos Aires, donde se mueren de hambre sus colonos; más tarde, les hallamos estableciendo colonias en Corpus Christi, Buena Esperanza, La Anunciación y La Candelaria; después, atraídos por los ensueños de fantásticos descubrimientos, van en exahusta caravana hacia el Chaco o Sierra de la Plata, y finalmente, parece que nos adentramos en sus almas por haber quedado flotando sobre las páginas de los libros y documentos que describen sus hazañas.

Nos decía el ilustre académico D. José María Codón en su conferencia titulada «Presencia de Burgos en la conquista de América», que su propósito se reducía a alumbrar datos y a exhumar del olvido a personajes completamente olvidados en Burgos. En su relación nos ha

descubierto a tantos, y algunos tan importantes, que al considerarlo, se puede apreciar cuanta ingratitud representan estos olvidos.

Es lamentable que hayamos vivido en esta ignorancia, porque los burgaleses fueron siempre modelo de patriotas y se distinguieron por su valor, por sus hazañas, y por sus sacrificios.

Como demostración elocuente de las manifestaciones anteriores en esta empresa española del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, tenemos una relación escrita por D. Martín Fernández de Navarrete, en su obra titulada «Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles», en la que figuran: Francisco Aranda, natural de Aranda, y Alvar Pérez Osorio, de Castrojeriz, como dos víctimas burgalesas que murieron a manos de los indios cuando formaban parte de la guarnición que dejó Cristóbal Colón al establecer el fuerte de la Navidad, en el año 1492.

Si cada personaje o celebridad histórica hubiera tenido un amigo o cronista, que nos hubiera legado sus recuerdos, dispondríamos ahora de un archivo abundante, que nos ahorraría el bochorno de los olvidos y la necesidad de investigar a través de lejanas generaciones.

Es tan sensible la ingratitud que se comete con estos olvidos, como la injusticia que se hizo, al tolerar y admitir, que un extranjero bautizase al Nuevo Mundo con el nombre de América.

D. Carlos Pereyra, el gran historiador de nuestra penetración en América, escribe en su obra «Las huellas de los conquistadores», que una sentencia muy corriente por allí, dice: «que los indios hicieron la conquista, y los españoles la independencia».

Que esta sentencia tiene su base de fundamento, nos lo acredita el mismo Colón, porque su obsesión, era alcanzar el Oriente por el Occidente; llegar a Catay o Cipango, y entrevistarse con el Gran Khan. Para Colón, no existía ni el Atlántico, ni América. Fué América la que se interpuso en su camino, saliendo al paso de las carabelas.

Si las tierras encontradas por Colón, como nos dice D. Vicente Blasco Ibáñez en su obra titulada «En busca del Gran Khan», salían a su encuentro por obra de la casualidad o de la suerte, sin que el Almirante las buscase, no eran de Asia, y pertenecían a un Continente desconocido hasta entonces, era un hallazgo, no un descubrimiento. Y hallazgo y descubrimiento son dos acciones distintas.

Todos sabemos como llegaron aquéllas frágiles carabelas con sus intrépidos navegantes. Todos, hemos vibrado agitados por fuertes latidos, creyendo escuchar aquél grito de «tierra» que dieron desde la Pinta. Y todos, en nuestra palpitante imaginación, hemos creído asistir, al emocionante espectáculo que formaban las tripulaciones arrodilladas

al poner el pie en el Nuevo Mundo y dar gracias a Dios ante la cruz que las guiaba.

Lo que no hemos sabido captar, ni supimos medir en pulsaciones de nuestro corazón español, fué aquel otro grito; el que salió de las entrañas del pueblo americano, al hollar su suelo, la cruz divina de la redención del mundo, y la gloriosa enseña de Castilla.

Por ser muy pocos los historiadores nacionales que se ocupan personalmente de Juan de Ayolas; por su destacada personalidad y tesón en concluir las exploraciones iniciadas por el Adelantado D. Pedro de Mendoza en el Río de la Plata, y por el hecho de ser burgalés, he intentado reunir en estas cuartillas, las noticias más destacadas de su vida que nos dan dos historiadores extranjeros, que se llaman Enrique de Gandía y Utz Schmidl, a fin de ordenar una relación cronológica en su biografía.

Parece que hay una completa unanimidad entre los modernos historiadores al manifestar que Juan de Ayolas había nacido en Briviesca en el año 1393. El mismo, así lo da a entender al redactar un poder dado a Martín de Orduña el domingo 8 de agosto de 1536. La misma declaración hace D. Pedro de Mendoza al final de un codicilo en un testamento fechado en Buenos Aires el día 21 de Abril de 1537. Finalmente, el historiador D. Gonzalo Fernández de Oviedo, también hace a Juan de Ayolas, natural de la villa de Briviesca, en la provincia de Burgos. Documentos existentes en archivos de aquel Ayuntamiento, prueban que aun residían allí sus familiares a mediados del siglo XVI, domiciliados en la calle de Santa María.

Por una carta dirigida por un investigador español el año 1925 al que fué párroco de Briviesca D. Juan Sanz (q. e. p. d.) se sabe, que al hacer testamento D. Pedro de Mendoza el día 21 de agosto de 1535, hacía constar que dejaba parte de sus bienes a Juan de Ayolas.

Las descripciones abreviadas que nos hacen los diccionarios: Enciclopédico Espasa, Espasa-Calpe e Hispano-Americano, nos dicen, que Juan de Ayolas: fué un militar y viajero español; que después de haberse distinguido por varios hechos de armas en la Península, acompañó a D. Pedro de Mendoza a la conquista del Río de la Plata; que fundó el puerto de la Candelaria; que fué gobernador del Estado del Paraguay, y que, en una expedición heroica, fundó la colonia de la Asunción. Finalmente, que estimulado por sus triunfos y buena fortuna, quiso penetrar hasta el Perú con una pequeña fuerza, muriendo con todos sus hombres a manos de los salvajes en el año 1539.

Prescindiendo de estas informaciones, más o menos discutibles, he redactado este intento de biografía de Juan de Ayolas a base de los dos

historiadores extranjeros. antes citados. uno de los cuales, de origen alemán, llegó a Cádiz el día 2 de agosto de 1535, a tiempo de alistarse en la expedición organizada por el Adelantado D. Pedro de Mendoza.

Este alemán, nos da a conocer, en su obra «Derrotero y viaje a España y las Indias», uno de los aspectos más dramáticos y menos divulgados de los orígenes de la colonización, y constituye el primer testimonio de un explorador extranjero en una de las empresas más grandes de España en América.

La necesidad y urgencia de establecer una colonia en el territorio descubierto por Solís para evitar intromisiones portuguesas, decidió al Emperador Carlos V, a otorgar unas capitulaciones a favor de D. Pedro de Mendoza, que firmó en Toledo el día 21 de mayo 1534. La encomienda comprendía las tierras y provincias de Solís, que llaman de la Plata, hasta el mar del Sur, colonizar aquélla región, establecer tres fortalezas y ocupar doscientas leguas de costa del Pacífico.

Como gracias especiales concedidas al recién nombrado Adelantado del Río de la Plata, se le prometían diez mil vasallos con la dotación territorial correspondiente; el título de conde, y el derecho a designar heredero en el cargo.

D. Pedro de Mendoza, caballero de la casa Real, de ilustre familia y gran influencia, fué el más opulento y de mayor representación social, de todos los conquistadores americanos. Durante la guerra en Italia, había contraído una enfermedad que le retenía largas temporadas en el lecho. Pudo, sin embargo, disponer la organización de una gran flota al codiciado Río de la Plata, y desplegar a los cuatro vientos, el día 24 de agosto de 1535, toda la pompa de la más brillante armada de aquellos tiempos, haciéndose a la mar, en Sanlúcar de Barrameda el día 1.º de septiembre, después de una parada de varios días para esperar a que amainase el temporal.

Figuraba en la expedición, como Almirante de la Armada, el hermano mayor del Adelantado, D. Diego; también le acompañaban sus sobrinos carnales Pedro y Luis; de contador, iba Juan de Cáceres; de factor, Carlos de Guevara; tesorero, Gonzalo de Alvarado, y de veedor, Lasso de la Vega; Maestre de campo para la caballería, Fernández de Ludueña, y para la Infantería, Juan Osorio. Otros cargos distinguidos, eran: Juan Salazar de Espinosa, capitán; Alonso de Cabrera, alférez, y Juan de Ayolas, mayordomo de Mendoza, ascendido a alguacil mayor.

La travesía del Océano, no careció de peripecias. Desde el 25 de octubre, pocos días después de haber abandonado las islas de Cabo Verde, un proceso por traición se había abierto en la nao capitana contra el maestre de campo Juan Osorio. En el día citado, Juan de Ayolas,

tuvo que denunciar a D. Pedro de Mendoza, que: «estando en la isla de Santiago, que es en las islas de Cabo Verde, el maestre de Campo Juan Osorio, apartó al contador Juan de Cáceres y a él, y les dijo: «veamos que tiene que obedecer la gente de esta armada a D. Pedro, ni hacer lo que él manda, ni ninguno de nosotros, sino que cada uno haga lo que quisiere». D. Pedro, muy serio, preguntó a Ayolas ¿es verdad eso que me decís? y Ayolas le contestó: «si señor, como se puede informar del dicho contador, si quiere decir la verdad».

Entonces D. Pedro, después de pedir a Ayolas que le pusiera por escrito la declaración, le preguntó: ¿a quién tiene por amigos en esta nao? amigos, todos los de la nao, eran sus amigos, respondió Ayolas.

Calumnias de algunos compañeros, habían avisado a Osorio que miráse lo que comía. Entonces, temeroso de que el Adelantado quisiera envenenarle, había dicho a Medrano: «no creo en Dios si dos calenturas me dan, sino amotino toda la nao y los mato a todos». Además, había agregado: «saltaremos en tierra y juntarnos hemos D. Carlos de Guevara y vos y yo, y no ha de haber guarda, sino tengo de tener veinte arcabuceros de los diabólicos, que en haciéndoles yo del ojo, y derriben al que yo les hiciere de ojo, porque pese a Dios, bujarrones, bellacos y judíos, nos mandan aquí».

No precisó más el doliente e irascible Adelantado, y falló: «que doquiera y en cualquier parte que sea tomado el dicho Juan de Osorio, sea muerto a puñaladas, hasta que el alma le salga de las carnes, al cual declaro por traidor y amotinador». Juan de Ayolas, Pedro de Luján, Juan de Salazar y Galaz de Medrano, fueron los encargados de ejecutar al infeliz Osorio.

Al día siguiente de pronunciar la atroz sentencia, el 30 de noviembre, a los tres meses de haber salido de Sanlúcar de Barrameda, fondearon en la bahía de Janeiro o Ganabara, donde al pie de Corcobado, un misero fortín levantado en mayo de 1531 por Alfonso de Souza, daba albergue a una corta guarnición portuguesa mandada por Gonzalo Monteiro. En los alrededores, parecía que se ocultaban las chozas de los indios tamoyos, entre la lujuriente vegetación.

Para evitar rozamientos con los naturales, al Adelantado había hecho pregonar un bando, por el que se prohibía desembarcar e intentar rescates sin la intervención del intérprete. Aquel mismo día, el maestre de campo obtuvo permiso para seguir el resto del viaje en la Santa Catalina, que mandaba su amigo D. Carlos de Guevara. Este cambio dió lugar a nuevas y vehementes sospechas en el ánimo de D. Pedro y de Ayolas.

Apenas se vió en terreno que imaginaba amigo, se puso a vociferar

desde el puente de la carabela intentando sublevar a la gente, y situándose en franca rebeldía. Osorio, siempre tan decidido, gritaba a los soldados: «andad, pese a Dios y rescatad, y si no os lo quieren dar, tomádselo por la fuerza, y comamos todos, que a mi se han de venir a quejar y yo haré lo que quisiere».

Cuando el día 3 de diciembre se dispuso el desembarco, apresuróse Osorio a vestir sus mejores galas. Bajó a la playa con calzas y jubón de raso blanco, colete requemado con cordones blancos de seda, un gorro de terciopelo, camisa labrada con hilo de oro y una capa de paño negro, seguro de su estrella y confiando en la adhesión de sus soldados.

D. Pedro, que también había saltado a tierra y tenía formada su guardia, mandó que llamaran a Osorio y le tuvieran por preso. Al punto que entró en la tienda debió cumplirse la sentencia, porque unos instantes después, aparecía su cadáver a orillas del mar con un letrado, que decía: «por traidor y amotinador».

Terminada la segunda información que se instruyó de aquel desgraciado asunto, en el mismo lugar de ejecutarse la sentencia, hacia mediados de diciembre, mandó el Adelantado levar anclas, y en pocos días, sin hacer escalas, llegaron al Río de la Plata.

Como dato preciso en la fundación de la colonia que D. Pedro de Mendoza estableció con el nombre de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire, tenemos la declaración que nos hace D. Huberto Pérez de la Ossa, en su obra titulada «Pedro de Mendoza y la fundación de Buenos Aires», como sigue: «En el puerto y plaza de San Gabriel, que es en el Río de la Plata, a veinte y dos días del mes de Enero, año del Señor de mil e quinientos e treinta y seis años», ante Martín Pérez de Haro, escribano de S. M. y de la gobernación, «y en presencia de la mayor parte de la gente que el señor Adelantado trae a esta provincia y conquista...» fué éste reconocido y jurado como gobernador firmando como «testigos presentes D. Diego de Mendoza y D. Víctor de Guevara y otros muchos».

La nueva fundación fué denominada así por ser la patrona de los navegantes y por la gran devoción que se tenía en España a Nuestra Señora del Buen Aire, como lo demuestra la existencia en el barrio de Triana en Sevilla, de la Cofradía o Universidad de mareantes en el siglo XVI.

Enseguida dieron principio las obras más perentorias, edificando una casa fuerte para residencia del Adelantado, rodeada de viviendas, y un gran muro para protegerse de los asaltos de los indios.

A los pocos días, y ante la inquietud que comenzaba a producir la escasez de comida, D. Pedro encargó a Gonzalo de Acosta y Diego

García de Moguer, para que fuesen con otros quince hombres a «descubrir por tierra» hasta el río de las Conchas o de Lujan. A su regreso, el 3 de marzo, volvió a mandarlo, con Gonzalo de Mendoza, en la nave «Santa Catalina», a buscar víveres a la costa del Brasil.

Los indios que habitaban por aquellas cercanías, empezaron a relacionarse con los españoles, suministrando carne y pescado para comer, a cambio de los productos europeos. Llegado un día que faltaron sus viandas, mandó el Adelantado al teniente del alguacil mayor, llamado Juan Pavón para que fuese con otros dos compañeros a procurarlas. En vista del mal recibimiento que les hicieron dieron la vuelta a toda prisa y con las manos vacías.

Disgustado D. Pedro de Mendoza por el mal trato que habían tenido sus mensajeros, decidió mandar a su hermano D. Diego al frente de una expedición de castigo, llevando en vanguardia a la caballería. Era un jueves 15 de junio, día de la festividad del Corpus Christi.

La resistencia fué tan tenaz, que dieron muerte al hermano del Adelantado, a sus sobrinos Pedro y Luis, a los capitanes Medrano y Manrique y a unos veinte soldados de infantería. Ocupado el lugar después de causar considerables bajas a los indios, solo encontraron cormambre sobada de nutrias, pescado y harina de pescado, pero no hallaron a las mujeres ni a los hijos porque les habían hecho alejarse con anticipación.

Apenas se habían repuesto de la reciente batalla, cuando empezaron a descubrir manejos de un movimiento ofensivo entre las tribus indias. El ataque no se hizo esperar, porque el día de San Juan, apareció una oleada de indígenas, aullando y excitándose frenéticamente, avanzando al otro lado de los muros de la fortaleza, sin temor a la muerte, cayendo víctima de los tiros de metralla y de los ballesteros.

La escasez de vituallas, trocóse a los pocos días de asedio en hambre verdaderamente horrible. «No quedaban ratas, culebras, ni sabandijas», hasta el cuero de los zapatos y cinturones, comenzaron a devorar. Los cadáveres de tres hambrientos, colgados por haber sacrificado un caballo, fueron asimismo descuartizados por la vil necesidad, que olvida su condición humana, cuando se convierte en desesperación por alimentarse.

Mientras en el recinto de la naciente colonia tuvieron lugar aquellos dolorosos acontecimientos, D. Juan de Ayolas se hallaba, desde el mes de mayo, navegando con tres bergantines río arriba, hacia el territorio de los timbús. A su llegada pudieron entablar relaciones con los naturales y rescatar bastante maiz y pescado para restablecer sus fuerzas.

Sorprendido Ayolas de la abundancia que había encontrado y queriendo consolidar las buenas relaciones que había establecido, decidió fundar un puesto provisional, cerca del río y laguna de Coronda, hacia los 32° de latitud, designándole con el nombre de Corpus Christi por coincidir con la fecha de la festividad del Santísimo Sacramento.

Después de abastecer a la guarnición de la nueva fortaleza, que dejó a las órdenes del tesorero Gonzalo de Alvarado, Juan de Ayolas regresó a su base de Buenos Aires, llevando consigo una buena cantidad de maíz, como muestra de la abundancia que habían encontrado.

Causó tan buen efecto la llegada de Ayolas a Buenos Aires, que levantó los ánimos de los decaídos pobladores, y el mismo Adelantado tuvo arranques para disponer una nueva expedición y encaminarse a la reciente fundación de Corpus Christi.

Dejando un centenar de soldados como guarnición en Buenos Aires, dió órdenes D. Pedro para embarcar a mediados de agosto de 1536, llevando consigo los cuatrocientos hombres restantes. La expedición llegó en la segunda quincena del mes de septiembre a la tierra de los timbús.

Apenas repuesto el Adelantado de las fatigas de la navegación, fundó una nueva población, cuatro leguas más abajo cerca de un terreno pantanoso, lleno de mosquitos, que puso bajo la advocación de Nuestra Señora de Buena Esperanza.

Los fantásticos informes que daba un superviviente de la armada de Sebastián Caboto, llamado Gerónimo Romero, escapado de la esclavitud entre los indios, hizo enardecer las esperanzas de los españoles y sentirse impacientes por marchar al Chaco, o Sierra de la Plata, en busca de los codiciados tesoros.

La expedición pudo organizarse seguidamente y salir del puerto de Buena Esperanza con dos bergantines y una carabela, el día 14 de octubre de 1536, compuesta de ciento sesenta hombres a las órdenes de Juan de Ayolas.

D. Pedro de Mendoza, que ya no podía tenerse de dolores, sintiéndose incapaz de lanzarse en busca de la Sierra de la Plata, había nombrado a Juan de Ayolas, lugarteniente de gobernador y capitán general, para que remontase el río Paraguay y fuese a descubrir donde hubiese cantidad de metal y minas de donde se saca.

Según nos dice D. Enrique de Gandía, en su obra: «Historia y conquista del río de la Plata y del Paraguay», el testigo Juan de Burgos, oyó decir a D. Pedro de Mendoza, cuando la escuadrilla de Ayolas estaba preparada: «Hijos, ahí vá Juan de Ayolas con vosotros; haced cuenta que va mi persona misma y lleva mi poder bastante; obedecedle».

La pobre naturaleza del Adelantado, minada por el mal que le aquejaba, iba haciendo tales estragos en su salud que determinó volver a Buenos Aires y regresar a la patria. A los pocos días de la marcha de Ayolas, el 21 de octubre, firmó un documento, fechado en la nueva colonia, nombrando veedor a Juan de Salazar y dejando como capitán a Gonzalo de Alvarado en Buena Esperanza y a Carlos Doubrin en Corpus Christi.

Al día siguiente se embarcó en el paták que le había llevado, arribando a Buenos Aires a principios de noviembre. Allí se encontró con la nave «Santa Catalina», que había llegado el 17 de octubre conduciendo víveres frescos, de regreso del Brasil, a donde partiera el 3 de marzo. También conducía algunos cristianos con sus mujeres, indias y esclavos, que habían quedado allí, de la expedición de Sebastián Caboto.

Después de la muerte de su hermano D. Diego y de sus dos sobrinos, todo el afecto de Pedro, se hallaba concentrado en su alguacil mayor Juan de Ayolas, a quien siempre había querido de un modo entrañable. Por eso, cuando se dió cuenta que pasaba el tiempo y no recibía sus noticias, ordenó la urgente terminación de tres bergantines que el capitán Gonzalo de Mendoza había puesto en astillero.

Cuando los tres bergantines estuvieron provistos de aparejo, tripulación y bastimentos, el día 15 de enero de 1537, encargó D. Pedro de Mendoza a los capitanes Juan de Salazar y Gonzalo de Mendoza, para que, con Hernando de Ribera, fuesen a socorrer a la gente que se había quedado en Corpus Christi y Buena Esperanza, y continuasen la navegación en seguimiento y ayuda de Juan de Ayolas.

Pasados otros dos meses sin recibir noticias, y sintiendo el Adelantado los progresos de su enfermedad, creció su impaciencia por regresar a España.

Al llegar el mes de abril, se hicieron los últimos preparativos a bordo de la «Magdalena»; el 20 firmó una provisión nombrando gobernador a Juan de Ayolas y el 21 le dejó escritas unas instrucciones privadas, en las que se hallan párrafos de ternura conmovedora, reveladoras del afecto que le profesaba.

Llegado el día siguiente, 22 de abril de 1537, y viendo que no aparecía en lontananza ninguno de los bergantines de Ayolas o Salazar, dió órdenes para que la nave capitana «Magdalena» levase anclas rumbo a España, seguida del galeón «Santantón».

Cuando se hallaban navegando por las inmediaciones del Ecuador, comprendiendo el Adelantado que sus fuerzas declinaban rápidamente, dictó tres breves codicilos en los días 11, 12 y 13 de junio. Pocas fechas después, la víspera de San Juan, encontrándose a 10° de latitud Norte,

al Suroeste de las islas de Cabo Verde, el magnífico e ilustrísimo Adelantado D. Pedro de Mendoza, Caballero del hábito de Santiago, y gentil hombre de Cámara del Emperador Carlos V, entregaba su alma a Dios, y su cuerpo, a los cuarenta años de edad, era arrojado al mar.

Mientras tanto, Juan de Ayolas que había partido con tres naves del puerto de Buena Esperanza el día 14 de octubre de 1536, avanzaba penosamente río arriba y perdía una de sus carabelas en las cercanías del Paraguay.

Después de navegar por unas cuarenta leguas y situarse a la entrada del río Paraguay, siguiendo en dirección Norte, unos por tierra, entre lagunas y ciénagas, y otros por el río, alcanzaron el poblado de los Cinamecas, que les proveyeron de comida y canoas para continuar el viaje.

Al aproximarse a la tierra de los payaguaes, otras cincuenta leguas río arriba, viendo Ayolas que se preparaban para recibirles en plan guerrero, mandó un emisario para disuadirles. Al rechazar sus propósitos pacíficos, ordenó que fuese cercado el poblado y que no hicieran uso de los arcabuces mientras no fueran atacados. A los dos días de resistencia, viéndose acorralados y vencidos pidieron perdón y ofrecieron vituallas y cualquier otra clase de ayudas.

Los buenos servicios de un indio que había sido esclavo de un tal Alejo García, permitió a Ayolas relacionarse muy íntimamente con el jefe de la comarca, llamado Tamatia. Supo desplegar Ayolas tal arte de seducción entre la tribu y su cacique, que éste, enamorado de sus prendas quiso casarlo con una de sus hijas.

La permanencia de Ayolas en el lugar, coincidió con la fiesta de la Candelaria, día 2 de febrero, y la aprovechó para fundar y dar nombre a aquel puerto, que desde entonces se denominó de la Candelaria.

Sugestionado Ayolas y todos los españoles que iban en su compañía, por los relatos del indio que hacía de guía y de intérprete, decidió no avanzar más por el río Paraguay e iniciar la entrada hacia el Oeste por el Chaco en busca de la Sierra de la Plata.

Terminados los preparativos, Juan de Ayolas nombró a Domingo Martínez de Irala gobernador, por el tiempo que durase su ausencia; le ordenó que aguardase con las naves en el puerto de la Candelaria hasta su regreso, le encargó la custodia de la india, y todo dispuesto, acompañado de 24 indios cazadores para facilitar comida durante el viaje, inició la marcha el 12 de febrero de 1537.

Irala, traicionando la confianza y deferencia con que le había distinguido Ayolas, abusó tanto de su encumbramiento, que dió lugar a que los indios se soliviantaran, y a que le abandonase la hija de Tama-

tia. Entonces, olvidando su deber, dejó el puerto de la Candelaria y descendió río abajo por unas ochenta leguas, al puerto de Tapúa, donde siguió dando rienda suelta a sus excesos.

Así pasaron unos meses, hasta el 23 de junio de 1537 que llegaron los dos bergantines de socorro, que había mandado D. Pedro de Mendoza el día 15 de enero al mando de Juan de Salazar y Gonzalo de Mendoza.

Con la llegada de Salazar, éste e Irala, se aprestaron a ir en busca de Ayolas, de quien los indios daban cada vez más vagas e inquietantes noticias. De allí se bajaron a un puerto de los indios carios, donde Irala y Salazar se separaron. El primero regresó a la Candelaria con el intérprete Juan Pérez y abundantes provisiones; el segundo, con Gonzalo de Mendoza, descendió hasta la frontera de los indios guaraní, al lugar en que Salazar había prometido al cacique Caracará, levantar una casa y pueblo. La fundación tuvo lugar el 15 de agosto de 1537, festividad de la Asunción.

Salazar dejó en la casa fuerte a Gonzalo de Mendoza con veinte hombres y a principios del mes de septiembre se puso en viaje hacia Buenos Aires a dar cuenta a Francisco Ruiz Galán del resultado de su expedición y de la conveniencia de trasladarse a la Asunción, porque allí no faltaría que comer, y además, por estar más cerca a la entrada a la Sierra de la Plata.

Con estas nuevas, Ruiz de Galán dejó en Buenos Aires a Juan de Ortega y se puso en viaje con Salazar rumbo a la Asunción. Al llegar a Corpus Christi, tomó toda la gente que estaba en el puerto, agregando a su flotilla dos bergantines que allí había; siguió al Paraguay y llegó a la Asunción por el mes de febrero de 1538.

Un poco antes de la llegada de Ruiz de Galán, Irala había descendido otra vez a la Asunción, cansado de esperar a Juan de Ayolas en la Candelaria:

Sin duda le importaba poco cumplir las órdenes que le había dado su jefe, antes de separarse y esperar a su regreso cuando llegaría cansado con sus hombres extenuados por las penurias pasadas.

Juan de Ayolas en su expedición tierra adentro, había llegado hasta las fronteras peruanas, hallando algunas poblaciones cercadas de madera y otras de tierra. Su sorpresa fué grande, al llegar al puerto de la Candelaria el día 12 de octubre de 1539 con las pocas fuerzas que le habían quedado y no encontrar los bergantines que había dejado a cargo de Domingo de Irala.

Entonces, al verse desamparado y llevando consigo a su servicio los indios cargados con sesenta y seis cargas de planchas, brazaletes,

coronas, hachetas y vasijas pequeñas de plata y oro, que había podido reunir en sus rescates por el Chaco, se vió en la necesidad de aceptar el refugio que con aviesas intenciones, y para vengarse de los atropellos de Irala, le ofrecían sus antiguos amigos los paraguas.

Estos, al verles tan agotados y saber que volvían sin municiones se confabularon con los naperús para traicionarles y atacarles por sorpresa.

Desviviéronse los bárbaros por agasajar a sus confiados huéspedes, y de camino, al pasar por unos pajonales, se abalaron cada dos indios sobre un cristiano, y salieron otros muchos que se hallaban escondidos, armados de garrotes, y diéronles tantos palos en la cabeza, que así mataron a Juan de Ayolas y a los ochenta hombres que habían sobrevivido.

En noviembre de 1539, partió Irala de la Asunción con nueve bergantines y doscientos ochenta españoles en busca de Ayolas. Al llegar al puerto de la Candelaria el día 16 de enero de 1540 y no encontrarle, ya se disponía otra vez a dejar el lugar, cuando se acercó un indio fugitivo para decirle que Ayolas había estado allí y que le habían matado a él y a todos sus hombres.

Según nos dice D. Enrique de Gandia en su «Historia y conquista del Río de la Plata», esta noticia entristeció mucho a los hombres que habían quedado con Irala, pero no a éste, que era el responsable de su muerte y culpable de indisciplina.

Una vez de regreso a la Asunción, Irala abrió los testamentos que habían dejado escritos Juan de Ayolas y D. Carlos de Guevara y el 28 de julio de 1540 ordenó a Juan de Ortega que fuese con dos bergantines a despoblar la ciudad de Buenos Aires.

Hemos de recurrir ahora al testimonio del historiador Alvar Núñez Cabeza de Vaca para tomar de su obra «Naufragios y comentarios» unas noticias, que son una tremenda acusación contra Domingo Martínez de Irala. Por proceder del entonces recién nombrado Adelantado del Río de la Plata en 1540, tienen toda la garantía de su autoridad y de sus fuentes de información.

Según escritos en las páginas 115, 188 y 189: «por no hallar Juan de Ayolas los bergantines que había dejado en la Candelaria, los indios habían muerto a todos por culpa del dicho Domingo de Irala», y sigue: «si Juan de Ayolas los hallara donde les dejó, él se embarcara con todos sus hombres, y los indios no les mataran como les mataron».

Hemos podido apreciar en la historia de este briviescano que se trata de otro honroso ejemplo de patriotismo, abnegación y sacrificio,

que merece figurar entre los hombres de más relieve en la gran empresa de colonización del Nuevo Mundo.

El año pasado, nos ha dado una muestra de la veneración que Santoña tiene para sus hijos, dedicando a Juan de la Cosa una estatua, labrada en piedras del mismo pueblo de su nacimiento, para ser erigida en el lugar de América donde murió.

Yo quisiera pedir a las Corporaciones y personalidades que puedan hacerlo, que también se ocupen de nuestros heroes burgaleses para perpetuar su memoria, y no perseverar en aquellos olvidos que nos denunciaba el Sr. Codón.

Y aprovecho la ocasión, para recordar la apremiante necesidad de reconstruir la torre de los Infanzones de Ojeda, por ser el único resto, ya en ruinas, de la casa solariega que vió nacer al fundador de Venezuela, al descubridor del lago de Maracaibo, y al primer nacido español que erigió una colonia en la tierra firme del Nuevo Mundo.

GONZALO MIGUEL OJEDA

BIBLIOGRAFIA

- Los Conquistadores Españoles*, F. A. Kirkpatrick.
Derrotero y viaje a España y las Indias, Utz Schmidl.
Antología e historia de tierra firme, Julio C. Salas.
Dominación española en América, Ricardo Cappa.
Las huellas de los conquistadores, Carlos Pereyra.
Descubrimiento y conquista del Río de la Plata, por Juan Zorrilla San Martín.
Naufragios y comentarios, Alvar Núñez Cabeza de Vaca.
Viajes de los españoles, Martín Fernández de Navarrete.
En busca del Gran Khan, Vicente Blasco Ibáñez.
Pedro de Mendoza y la fundación de Buenos Aires, por Huberto Pérez de la Ossa.
Historia y conquista del Río de la Plata y Paraguay, por Enrique de Gandía.
Argentina y sus grandezas, Vicente Blasco Ibáñez.